



CLAUDIO COELLO (1).

Entre los hábiles artistas que produjo el suelo de Madrid, siempre fecundo en hombres célebres, merece un lugar distinguido *D. Claudio Coello*, pintor de cámara de Carlos II, y arquitecto. Su padre Faustino Coello, residía ordinariamente en Madrid, y era natural de *Fibustiño*, cerca de Visco en Portugal; aunque descendientes de una noble y antigua familia de aquel reino, ejercía el oficio de bronceista, en el que parece era aventajado; y deseando que su hijo pudiese ayudarle en los dibujos que necesitaba para su arte, lo puso en la escuela de D. Francisco Ricci, pintor de

cámara y de los afamados de aquella época, el cual notando la particular predisposición del joven Claudio para la pintura, aconsejó á su padre lo destinase á este bello arte, y los rápidos progresos que hizo en ella, mostraron el acierto del preceptor. Ponderando este un día á un religioso la habilidad de Claudio, dijo aquel; que su fisonomía no mostraba grande ingenio, y contestóle Ricci: *Padre, virtudes vencen señales*. En efecto: el semblante de Coello era adusto y melancólico; y su trato desabrido. Su frente era espaciosa, y los ojos vivos y concentrados. Se distinguía notablemente por la mucha facilidad con que espresaba los pensamientos que concebía. Uno de sus amigos asegura, era muy agudo y satírico en sus dichos. Reprendíale frecuentemente su Maestro por entregarse tan de continuo al trabajo, que le hacia olvidar todo. Teniendo aquel la costumbre de hacer los borradores de sus obras en un papel cualquiera y rasgarles despues, Claudio tenía particular cuidado de recoger y unir los pedazos para estudiar en ellos su estilo. Dedicóse tambien con ardor á la historia, pers-

(1) El retrato que va por cabeza de este artículo, es copia de uno al óleo ejecutado por un discípulo de Claudio, y que forma parte de la rica colección de cuadros que posee el Sr. D. Ramón Adame, á cuya amistad debemos el poder presentar á nuestros lectores este traslado, favor que agradecemos, tanto mas, cuanto creemos sea el único que existe.

pectiva y arquitectura, lo que le constituyó un artifice completo. La primera obra que dió Claudio á luz hallándose aun en casa de su maestro, fue un cuadro de la Encarnación para el altar mayor de las monjas de S. Plácido, alabado por sus contemporáneos, por la valentía é ingenio que en él mostraba su autor. Otros muchos hizo para el mismo convento, y para la Iglesia parroquial de S. Andrés. Habiendo pintado otro para la de Santa Cruz y diciéndole Ricci que si quería saliese en su nombre, le pagarían mejor, prefiriendo Coello la gloria al interés, no quiso acceder á esta demanda. Por esta época llegó á Madrid José Donoso, que venía de Roma, y pintaron juntos el presbiterio de la citada Iglesia de Santa Cruz. Poco despues trabó Coello amistad con el pintor de cámara Carreño, el cual le facilitó el poder copiar multitud de excelentes originales de la escuela Italiana y flamenca, con lo que acabó de perfeccionarse en el colorido. Despues de hacer porción de cuadros para varias Iglesias y señores de la corte, que sería prolijo enumerar; pasó en compañía de Donoso á Toledo, donde pintaron la bóveda de la sacristia pequeña, que ejecutaron con extremo gusto y acierto. Fueron en seguida á la cartuja del Paular, donde ejercitaron su pincel en varias historias que merecieron el aprecio de los inteligentes. Restituídos ambos amigos á Madrid, se les confió la pintura de la capilla de S. Ignacio ó de los Borjas en la Iglesia del Colegio Imperial, como tambien de la bóveda de la sacristia de la misma casa, obras que ejecutaron al fresco. Despues del formidable incendio de 1673 que consumió la antigua panaderia, Coello y su amigo Donoso fueron encargados de pintar el techo del nuevo edificio. Otras muchas obras acabó Coello en aquella época, pero las que le dieron por entonces mas nombradía, fueron las que ejecutó (tambien con Donoso) en el real palacio para solemnizar la entrada de la reina Doña Maria Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II. Ejercitose despues Claudio en varios cuadros para las Iglesias de S. Martin, S. Gil, S. Nicolás y otras de esta corte, hasta el año de 1683 en que pasó á Zaragoza, no sabemos con qué motivo; allí dejó una de sus mas bellas producciones en el Colegio de Santo Tomás de Villanueva. Permaneció un año en aquella ciudad, y en este tiempo logró el favor del Arzobispo, el cual le dispensó el honor hasta entonces no concedido á nadie, de retratar la virgen del Pilar. Regresó á poco á su patria, y acaeciendo la muerte de Don Francisco Herrera, pintor del rey, le fue conferida su plaza, merced á los buenos oficios de su amigo Carreño, que gozaba mucho favor en la Corte. Aunque el genio adusto de Coello le alejaba del camino de la adulacion, único que conduce al templo de la fortuna su conocida habilidad y su nuevo empleo de pintor del Rey le hicieron ser agraciado por este con varias recompensas honoríficas y pecuniarias, entre otras una pensión de 300 ducados de renta para su hijo Don Bernardino, que tuvo en su esposa Doña Bernarda de la Torre, la cual despues de viuda siguió disfrutando de las mercedes que el Rey hiciera á su marido. Despues de pintar varios cuadros para los conventos del Rosario, de Santo Tomás y de la Iglesia de S. Ginés, fue llamado para acabar el famoso cuadro de la colocacion de la Santa Forma, para la capilla que á la sazón se edificaba en la sacristia del Escorial, que la muerte no dejara terminar á sus amigos Ricci y Carreño, encargados de su ejecucion. Ofreciendo algunas

dificultades el concluir esta obra, Coello hizo de nuevo la composicion, llenándola toda de los retratos del rey y de los principales señores de la corte; cuadro de mucho estudio y trabajo, y una de las mas bellas muestras que nos restan de este artista. Habiendo ido el Rey acompañado del conde de Benavente á ver el estado de la obra, admirado este de la semejanza y naturalidad de los retratos, dijo á Carlos II, *Señor ya tiene V. M. pintor de cámara*, lo que en efecto se verificó, pues á poco recibió Claudio el Real Decreto, en el que se le declaraba por tal, concediéndole *todos los gages, casa de aposento y llave de Furriera á ello accesorios*. Colocado, pues, el cuadro de la Santa Forma, y acabadas las grandes fiestas celebradas con este motivo, volvió Coello á Madrid, quedando el rey muy satisfecho de su obra, que le remuneró generosamente. Siguió ocupándose sin interrupcion en sus tareas artísticas, hasta 1692, en que deseando Carlos II que el famoso Lucas Jordan pintase al fresco la escalera del monasterio del Escorial, le hizo venir á la corte, lo que causó á Claudio el mayor pesar, por ser, como dice su historiador y amigo Palomino: *de genio muy podrido y recóndito, y no sé si diga envitioso*. Acabó por entonces un cuadro del martirio de S. Esteban para el colegio de este título en Salamanca, y llevándolo á Palacio, lo colocó en una galeria para que estuviere á la vista de todos. Uno de los primeros que acertaron á pasar por aquel sitio, fue Jordan, que hizo justicia al mérito de la pintura y le tributó los elogios que merecia. Este fue el último triunfo que alcanzó Coello, pues á poco tiempo, el 20 de Abril de 1693, murió, segun se creyó, de resultas del disgusto que le ocasionara la venida de Jordan, y fue sepultado en la parroquia de San Andrés. Su muerte fue sentida por todos los amantes de las bellas artes, que si no le apreciaban por su genio poco amable, hacian justicia á su habilidad y erudicion. Ignoramos si existen todas las pinturas de que hicimos mencion en esta breve reseña de su vida, aunque es de creer se conserven al menos una gran parte, y solo indicaremos á aquellos de nuestros lectores aficionados al noble arte de la pintura, y que deseen conocer las producciones de este ilustre hijo de Madrid, el cuadro de la iglesia de S. Isidro el Real que representa la conversion de S. Francisco de Borja en el entierro de la emperatriz Isabel de Portugal, y los señalados en el Real Museo con los números 224 y 306 en la sala de la izquierda (escuelas españolas antiguas,) que representan la Virgen presentando el niño Dios á la adoracion de varios santos, únicas obras que posee aquel rico establecimiento de este distinguido artista.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

HISTORIA NATURAL.

EL COLIBRI Ó CHUPAROSA



ápido como el pensamiento, fugaz como el placer, brillante como las ilusiones de la vida, girando sin cesar entre las flores, empalagado con su nectar, desvanecido con la suavidad de sus perfumes, el colibri nos ofrece la imágen mas perfecta de un amor

sencillo, voluble, pasajero, y siempre satisfecho de goces y deleites.

Elegante en sus formas, ágil en sus movimientos, espléndido y variado en el color de su plumage, pequeño, delicado, activo, infatigable, leve como una mariposa, ardiente como el amor, débil pero iracundo, el chuparosa es la joya mas preciosa de la naturaleza, es una obra maestra de gracia y hermosura.

Zumbando como el ruido de una rueca, murmurando como un enjambre de abejas agitadas, nos adormece cuando lo vemos sacudir las violetas con sus alitas de esmeralda; cuando batiendo estas aletillas con una rapidéz inconcebible, ya brilla con los colores del rubí, ya centellea como una piedra de amatista, ya hace reflectar el esplendor de oro en su plumage, ó desaparece como una vision aérea, para ir á posarse sobre un lirio. Sus pies son pequeños, porque esta avecilla apenas descansa cuando duerme, ó cuando se entrega al ardor de sus amores. Su pico es largo, unas veces derecho y otras curvo; con él abre los senos de las flores para buscar en ellas la miel que lo alimenta.

Su lengua es delgada, acanalada, propia, en fin, para absorber el nectar de las flores. Esta absorcion la hace con tal delicadeza, que nunca destroza la flor ni la marchita. Algunas veces acercándose á un nido extraño, estrae del buche de los polluelos la miel que necesita para sustento de sus hijos.

Los Colibris son solitarios, pero el atractivo del amor los reúne, y se les vé apareados vagar entre los árboles cuando destila la flor un jugo azucarado. No es en la primavera, sino en la estacion de las lluvias, cuando se entregan al amor con un ardor, con una solicitud inesplicable. Espresan su pasion con el sonido monótono de tzi... tzi... tzi....

Cuando la hembra se siente fecundada, comienza con su amable compañero á construir esos nidos tan admirables, tan adecuados para servir de cuna á una prole delicada. El macho trae los materiales, la hembra va formando con ellos el lecho que destina á sus hijuelos. Algunas hebras de lana la mas fina, algunas motas ó filamentos de algodón, la pelusa de algunas flores, tal vez los cabellos rubios de alguna campesina, cuanto hay, en fin, de mas suave y delicado, sirve para formar estos niditos. Los materiales se unen con la goma de algunos árboles, y en el exterior se cubren con el liken ó flor de peña. Entre estos nidós tan esquisitos, pone la hembra dos ó tres huevos pequeños, blancos, ovalados como unas perlas, y allí se está meciendo de algun ramo de flores. Allí, en medio de una atmósfera perfumada, está como dormido el Chuparosa, abrigando con el plumage de su pecho, mas blando que la seda, aquellos huevecillos que fecundó el amor, y que se vivifican en poco tiempo. El macho y la hembra alternan en este trabajo, que dura solo de doce á quince dias.

¡Con qué delicadeza, con qué suavidad pican los chuparosas el huevecillo ya empollado, para no herir á sus hijuelos! Estos salen al fin del cascaron, parecidos mas bien á una abeja, que á una ave que ha de ser tan bella y tan espléndida.

Estos chiquillos lamen la miel en que está empapada la lengua de sus padres. Primero desnudos, despues medio cubiertos de un plumon negro, sus plumas van tomando poco á poco un bello tornasol, y salen al fin del nido, arrojando por todas partes los esmaltados reflejos de los prismas.

Cuando pequeños, su pico es corto, como debía ser para alimentar con la miel que destila la lengua de sus padres; pero este pico crece despues bastante, cuando debe servirles de instrumento para alimentar-se por sí mismos.

Ni los hermosos grabados de la obra de Buffon en su última edicion, ni el colibri tan delicadamente diseñado é iluminado en el Diccionario Pintoresco de historia natural, ni las mas poéticas descripciones, podrian dar una idea perfecta del chupamirto, al que no hubiera visto á esta avecilla.

Se puede conocer cuál es su pequeñez por estos hechos. El naturalista méjicano D. Antonio Alzate, dice que un pájaro, los huevecillos, el nido, y la rama en que estaba colgado, pesaron dos ochavos, un tomin, seis granos. Nieremberg asegura que un chuparosa con su nido, no pesó mas que dos tomines.

Por su misma pequeñez les han llamado los españoles *tominejos*, los franceses, *pájaros-moscas*.

Los Mejicanos llamaban al colibri, Huitzitzilin; ó chupa-flores. Segun Nieremberg, los indios les daban un nombre que significa *rayos ó cabellos del sol*.

Las fábulas se mezclan siempre á lo maravilloso. Se ha dicho que los chuparosas eran moscas que por una metamórfosis singular se convertían en aves, que morian con las flores para renacer tambien con ellas: que pasaban el invierno en un completo adormecimiento, y colgados del pico de algun árbol... Los poetas creen que el chuparosa voló una vez hasta las nubes, que atravesó por la esplendente zona del Iris, y que al pasar por ella se cubrió de esos colores que le hacen tan brillante.

Todo empeño ha sido inútil para domesticar estas avecillas. Jamás se podrá habitar al cautiverio una ave tan activa, y cuyo vuelo es tan rápido, que segun Alzate, recorre cuarenta varas en un segundo de tiempo.

Los colibris de todas clases abundan en Méjico, donde se puede verlos y contemplarlos en sus huertas, siendo delicioso el verlos suspensos en el aire y como entremeciéndose de placer, y saboreando el nectar de las flores.

Oh amables *chuparosas*, vosotros sois hermosos como las hijas del profeta, ligeros como su espíritu, y volubles como su corazón. Pero vosotros no conocéis al Dios que os ha formado, al Dios que hizo las flores, y que en su seno crió la miel que os alimenta. El hizo al lirio, y lo vistió de púrpura brillante; hizo el clavel y lo tiñó de grana; por él brota el jazmin embalsamando la tierra con su aroma; por él la rosa está cubierta con el carmin, y un polvo de oro brilla sobre las hojas de los nardos. Por él, en fin vosotros embelleceis la tierra, y entreteneis al hombre cuando en sus ratos de ocio puede contemplaros. Jamas os vé una hermosa sin que vague en sus labios la sonrisa, porque recordais luego á su mente las fugitivas delicias de la vida.



CRONICAS FANTASTICAS.

SEMBLANZAS DE LOS ENAMORADOS.

Novela semi-historia, ó historia semi-novela.



MANUSCRITO PRIMERO.

Y despues de meditarlo mucho, me convencí de que hay una época en la vida, durante la cual estamos en *bábia*, siendo sin embargo indispensable esta época para la marcha del mundo.

Amar! Ser amado!!—Hé aquí dos palabras que forman una existencia, pudiendo tambien formar muchas existencias.—Hace bastante tiempo que me estoy dando de calabazadas por encontrar el amor, y hacer su auptosia, pero lo único que he sacado, ha sido hallar la consecuencia sin toparme con la causa; con todo, filosofaremos un poco, que nadie nos mete prisa.

Crean algunos de *buena fé*—sin estar convencidos de ello—que el amor es un sentimiento de el alma, el tiple mas agudo de un piano, como diria un músico, y con esta inocente y envidiable idea se forjan un mundo ideal, cuya realizacion les vendria tan de molde, como cien reales al bolsillo de un exclaustrado. Estos tales (hablo de los creyentes de buena fé) conociendo al cabo de algun tiempo, que con ilusiones no se alimenta ni el alma ni el cuerpo, dejando de poetizar, se vuelven gradualmente de metafísicos, matemáticos, y ya estan en el periodo de la conversion. Por el contrario, los que desde un principio niegan ese amor diáfano, aéreo, caprichoso, sublime, y conceden el *positivista*, el *sensual*, en una palabra, yerran del mismo modo que los convertidos, antes y despues de su conversion, porque si vamos á buscar el amor en todo lo que nos proporciona *placer*, vendremos á convenir, por regla de buena lójica, que ama el que sacia un aborrecimiento, y que el amor es un género que se espende al por mayor en el dilatado almacen del mundo. Así, pues, y sin que esto deje de ser una opinion mia, ni unos ni otros comprenden el amor. Ahora debo emitir mi juicio y lo emitiré sin rebozo, sin que se me indijeste ninguna idea.

Si concedemos que detrás de ese contrato hay *algo mas* que las formalidades prescritas por la ley, concederé tambien, no el amor, sino la *necesidad del amor*: que este no existe se prueba por la repetición de infidelidades, hijas del *algo mas* y producto del *algo menos*. El muchacho que se enamora, la joven que afecta pasion, ceden, aun dado el caso de que ambas cosas sean medio verdaderas, á una necesidad que es inherente á todo ser, á la necesidad de *hacer algo*, y como este empleo tiene otras ventajas que mas sabia la naturaleza que la razon, descubre, de ahí proviene que los jóvenes desocupados, en lo general, se entreguen á este recreo constituido ya como otro cualquiera en toda sociedad, mas ó menos grande, mas ó menos civilizada. Me rio, pues, de la joven que *ama* y del joven que *adora*. La responsabilidad de esta mentira recae sobre los poetas y sobre los novelistas, porque han descubierto una *necesidad* que no supieron aclimatar. No hicieron lo que Colon, descubrir un mundo y conquistarlo.

Pasemos, pues, á las semblanzas de los enamorados.

Dividiremos á estos (no seria malo así... al pié de la letra) en *activos* y *pasivos*, como hace el tesoro con sus dependientes.

Enamorado activo es todo aquel que escediéndose de los limites racionales, olvida su propio decoro, y ofuscándose con sueños y con ilusiones, quiere conseguir en un dos por tres lo que al fin vendria á disfrutar en un tres por dos. A esta clase pertenecen



los estudiantes de filosofia, los cadetes simples, y los graduados de oficial, los tontos, y en fin, todos los que son holgazanes, y debutantes en alguna carrera.

Enamorado pasivo son los que conociendo que mejor se vá á un punto por el camino real que por el atajo, aun cuando aquel sea mas largo, no echan mano de todas esas peripecias, y aguardan como la zorra el momento de hacer presa. A estos perte-



necen los hombres de peso y de pesos, los truanes, (seudónimo de discretos) los viudos, porque el gato escaldado.... y....



SEMBLANZA DE UN AMANTE ACTIVO.

Fulano... ó Don Fulano vé á una linda muchacha (en perspectiva) y como su corazon, y lo que no es su corazon, estan dispuestos á recibir impresiones, como una plancha preparada en los retratos al daguerreotipo, se queda mirando á ella con esa indecision que puede traducirse—¿Me quiere V? V. no me disgusta.—Las mujeres, ó las muchachas, esto es, las muchachas y las mujeres, al ver que un hombre las observa mas de un segundo, lanzan esas miradas oblicas, que son la red del pescador. Ya tenemos una *pasion activa*. Busca la victima masculina su amigo, que nunca faltan cirineos para cruces, y pasa y repasa por delante de la Amarilis, que por su parte distribuye unas cuantas entregas de miradas ilustradas con variedad de coqueterias. El, cegado por el im-

pulso de la *pasion* (estupidez diria yo si no se imprimiese esto) en la caja de ahorros del cuerpo de su bella, no vé mas que una radiante aureola á través de la cual divisa una flexible palmera, cuya idea se rectifica por el amigo, que solo vé un junco donde su compañero encuentra la accion de los dátiles.

Inmediatamente se fragua, se construye la inclinacion sublimada con dos grados de necesidad. La vista de aquella muger no es tan precisa como la *pasion* para ser tontos. A proporcion que se aumentan las dificultades, crecen los deseos incomprensibles. Estos se despejan un poco cuando se sabe que la *joven* tiene una dote regular; entonces el amor asciende á *pasion*, y se recurre á la pluma. Se dan paseos, se invierte el orden de la vida racional; el bolsillo adelgaza, y al cabo de algun tiempo, por los mismos períodos decrecientes, se disipa el amor, ya halla recibido un prosáico *si*, ya halla sufrido un campanudo *nó*. La muchacha no es tan rica, y descubre.. No todas las mujeres son para casadas.

Un amigo me llama en este momento.
Continuaré en el segundo manuscrito.



LOS LADRONES EN LONDRES.

Que creen nuestros lectores, al leer el epígrafe que antecede, que les vamos á hacer una completa descripcion de sus usos y costumbres, lo cual no podemos verificar, por no hallarnos iniciados en sus secretos: mas la relacion que les hagamos, será extractada de la confesion de un deportado, que no hace mucho publicó un periódico francés. El deportado dice asi.

Arrojado á la puerta de una iglesia apenas nací, fui conducido á un establecimiento de beneficencia, donde me criaron y contribuyeron á formar mi educacion. Entregado desde mis primeros años á manos mercenarias, esperiménté los mayores rigores de la suerte. Solo veia maestros imbéciles é inhumanos, que cansados de mirarse entre nosotros, nos castigaban por la menor falta, creyendo en esto saciar su mal humor y desesperacion. Mugeres avaras y golosas, que nos cercenaban la comida, ó empleados que trataban de satisfacer su apetito á nuestra costa. Solo el maestro de lectura fué el que se compadeció de mí, y el que me concedia la gracia de acompañar al mozo que salia á los mandados. ¡Cómo respiraba fuera de aquellas prisiones! ¡Cómo gozaba mi alma al verse libre, y al ver pasar por mi lado seres diferentes de los que habia visto en mis primeros años! Esta felicidad me hizo aborrecer de tal modo el establecimiento, que formé el designio de fugarme.

El mozo á quien yo acompañaba me propuso un dia, cansado del mal trato que esperiméntaba, evadirnos de nuestra prision, lo cual efectuamos á po-

ca costa. Nos refugiamos en una casa que él conocía, y de este modo pudimos eludirnos á las pesquisas de nuestros directores. Pero concluyéndose los pocos intereses con que contábamos, él se embarcó para América, y yo me ví en la calle abandonado á la casualidad, y destinado á aumentar el infinito número de rateros que infestan las calles de Londres. Contar los diferentes lances que me ocurrieron durante estos siete años, fuera materia para llenar dos volúmenes en folio. Pasé por todos los grados de la truhanería, hasta que llegué á ser *resurreccionista* (los que roban los cadáveres para venderlos á los cirujanos y estudiantes) y fui conducido por uno de estos robos al tribunal de *Bow-Street*, donde algunas recomendaciones y una severa reprensión, me pusieron en libertad.

Apenas salía del tribunal, cuando acercándose á mí un hombre alto y con unos anteojos verdes, bravo, me dijo: he aquí el hombre que buscaba. Lástima es que os empleéis en esas pequeñeces, y si quereis ser útil y nadar en la riqueza y en la abundancia, mañana os presentareis en *Chesca*, donde comereis conmigo, y os enteraré de mis planes. Con efecto, concurrí al siguiente día donde me citaba, y aun seguí asistiendo á otras cuatro ó cinco citas que me dió mi desconocido, al cabo de las cuales, conduciéndome un día al fin de la calle *Sloane*, se acercó á nosotros un personaje, que tal me parecía su figura, y diciéndome que se retirase, obedeció, suplicándome que le acompañase á comer fuera de Londres, lo que acepté sin replicar.

Pasamos con efecto á una linda fonda donde nos sirvieron una abundante comida y excelentes licores. Acostumbrado á los pedazos de pan duro, agua y potajes del establecimiento, todo era nuevo para mí, y me encontraba como estasiado. ¿Quién podría resistir á un porvenir tan venturoso? Yo, á la verdad, no me encontraba con fuerzas para resistirlo.

«Se nos ha hablado muy bien de vos, dijo mi incógnito, pero es menester que sepais lo que teneis que hacer, y lo que debeis esperar. Mi obligacion es haceros esta comunicacion. Os debeis felicitar por veros en el caso de tomar parte en especulaciones siempre lucrativas.

No olvideis una sola de mis palabras, y tened presentes todos mis encargos. En ello os vá la fortuna y aun quizá la vida tambien. Renunciad á los placeres violentos y groseros que os comprometerian, y que no se avienen con vuestras nuevas obligaciones. Procurad relacionaros con comerciantes, con fabricantes, con artesanos de buena reputacion: no os faltará dinero para este fin.»

Tales fueron sus consejos y advertencias, las cuales me parecian un poco pesadas, pero se me prometia mejorar de fortuna, y nada me costaba aparentar docilidad.

Concluida la comida, puso en mi mano un billete de 10 libras esterlinas, y me entregó una targeta diciéndome estas palabras: Mañana á las 11 en punto á la puerta de la casa de caridad, frente á la taberna del Elefante.

Estaba aturdido: promesas, amenazas, y mucho dinero... esta última frase era la mas interesante: pero aunque cabilaba mucho, no daba en quién podrían ser estos agentes secretos que habian de observar mis pasos y velar por mis acciones. En fin, eché pecho al agua y me resigné con mi suerte. Volví á Londres y

busqué con todo cuidado á mi guia, para darle las gracias, pero jamás le he vuelto á ver. Sin duda en cuanto hacia una conquista, tenían buen cuidado de estraerle de nuestra presencia.

Al otro dia estuve puntual. Un hombre cuyos vestidos y maneras indicaban una buena educacion, se llegó derechamente á mí, me presentó una targeta igual á la que yo tenia, y me dijo: «Tenemos que hablar: subamos en ese carruage público que pasa.» Ni una sola frase pronunciamos hasta nuestra llegada á *Croidon*. Allí entramos en un café, y este tercer personaje me descubrió el sistema completo, la organizacion de la sociedad.

Sus directores eran los mas interesantes, cuyas ocupaciones se dirigian al trabajo intelectual. Ellos recibian las noticias, hacian descubrir los secretos, trazaban los planes de campaña, movian y alimentaban su ejército, cuidando de que nunca les faltasen recursos. En 10 años que contaba de vida la sociedad, ni un solo plan les habia faltado. No se conocian los unos á los otros, esto es, los subalternos sino por medio de un vocabulario particular que ellos mismos habian inventado. Su principal divisa era *silencio y cuidado*. La menor falta, la mas pequeña curiosidad nos hubiese acarreado el abandono de la sociedad, y probablemente caer en manos de la policia, que muy vigilante nos seguia de cerca.

El papel que me correspondia en esta farsa era el de agente y no el de motor, y ofrecirme como víctima á cuanto se exigiese de mí. ¡Que vida! ¡Que porvenir se descubria ante mi vista! Pero ¿qué partido tomar? Estaba solo, sin apoyo en el mundo, necesitaba vivir, fué necesario resignarme.

Sois ya hombre de familia, *individuo de la sociedad*, me dijo al otro día mi embajador: ¡bien! el negocio que os corresponde no tiene nada de particular, es bien fácil, no hareis nada mas que ver. Tomad estas diez libras y estos apuntes. Comprad una capa con cuello grande de pieles para que disimuleis vuestro rostro. Llevad con vos todo vuestro dinero por si es necesario correr cien lenguas á la menor señal. Por esta vez no hay el menor peligro. Cumplid con vuestro encargo, y á Dios, hasta mas ver; mas sobre todo, silencio. Cuidad de trataros á la vuelta con personas honradas y de providad. Pasad como podais esos ocho dias, al cabo de los cuales llegaos á la calle de Orford, n.º 4. Allí preguntareis si han dejado una carta para Mr. Hodson. — Adios: sed prudente y prosperareis.

Hice cuanto se me ordenaba. A la mañana siguiente salí para Birmingham, y al llegar retuve mi asiento para el jueves. Cuando fui á ocuparle ya habia otras personas en el interior. A poco rato llegó la cuarta ricamente vestida y se sentó á mi lado: uno de sus amigos se acerca para despedirle y le aprieta la mano. Un gesto casi formado unánimemente nos indica que el plan se ha consumado, pero á la verdad yo me encontraba ignorante de lo que iba á suceder.

Un banquero de Birmingham enviaba todos los meses, en un día fijo, á Londres, el dinero y billetes necesarios para recobrar los que tenia en circulacion. En virtud de un convenio con los propietarios del coche público, se habia construido y colocado bajo los asientos un cofrecito de hierro, con dos cerraduras, cuyas llaves solo tenían el mismo banquero y su agente de Londres. Pero los gefes de mi respetable corporacion, habian hecho muchos viages en aquella

diligencia, y habían tomado con cera el molde exacto de las cerraduras. No había sido menester mas para que el cerrajero de la asociacion hiciese unas llaves que vinieran perfectamente.

Todo se hizo del modo mas sencillo. A 30 millas de Birmingham uno de los pasajeros sacó las llaves, abrió el cofrecito, recogió el oro y los billetes, y los metió en un saco que tenia al lado. De allí á poco en las cercanías de Oxford, pretestó una indisposicion: bajóse acompañado de otro que se fingió médico y quiso acompañarle, llevándose el tesoro. En cuanto á mí, observando mis instrucciones, me bajé en Henley, sobre el Támesis. Seguí un camino de travesía que me condujo á Marlon, donde subí en el primer carruaje que salía para Lóndres.

Pasados los ocho dias, me presenté en la calle de Oxford, donde encontré la carta anunciada. Se me decía en ella, que estuviese á las dos del otro dia en el café de la Sirena, en Hakney, cerca de la ciudad. Cumplí cuanto se me mandaba, y al llegar salió un hombre á recibirme: un hombre vestido de negro y con unos anteojos, preguntándome que si era Mr. Hodson. Al principio se rió de mi turbacion, que no sabia que contestarle, y él continuó asegurándome que todo habia salido bien, y que me traía sesenta libras de las ochenta que me habían tocado en el reparto, pero que se habían retirado las 20 que recibí como préstamo para mis gastos.

Me maravillaba que tan poco me tocara en un robo que pasaba de cinco mil, pero el incógnito me aseguró, que eran muchos los sueldos que se tenían que cubrir, y que ademas no creía debía quejarme, cuando tan poco habia hecho para adquirirlas. Ahora el negocio que os corresponde será mas lucrativo, pero tambien corréreis mayor peligro. Tomad ese plan, y adios, que tal vez dentro de pocos dias nos veremos. Silencio y ligereza.

Daré cuenta á mis lectores del papel que en esta escena debia representar. En el condado de Essex, habia un pueblo pequeño llamado *Were*, donde existia un tratante en ganado, que todas las ferias hacia una ganancia considerable. Mi deber era apoderarme de aquella ganancia y trasladarla á la bolsa de la corporacion. Principié por asegurarme de las entradas y salidas del pueblo, y de la posicion que ocupaba la casa. Todo estaba á pedir de boca. Una sola criada anciana acompañaba al tratante, y me hubiera sido facil deshacerme de ella, mas para la sociedad era un crimen derramar sangre; así que todo debia hacerse por sorpresa. El dia destinado para el asalto, nuestro buen tratante se atiforró de vino y cerveza en demasia, y un sueño profundo le tenia como aletargado. Una llave construida de antemano me abrió paso á su habitacion, á la cual llegué sin ser sentido. Le tendí por cima unas cuerdas para en caso de despertar no pudiera seguirme. Restaban colocar en mis bolsillos unas pocas monedas, cuando dos ó tres se caen al suelo y despiertan al infeliz tratante, que viéndose aprisionado empieza á gritar y á sublevar la poblacion. Infaliblemente hubiera caído en sus manos, si mi ligereza y una silla de posta colocada de antemano no me hubiesen salvado del furor de los labriegos. Una buena suma me tocó en la distribucion del botín.

Así seguí por varios años empleándome en empresas mas ó menos peligrosas, y mereciendo siempre la confianza de mis principales. Pero entre todas la que mas me asombró, y la que exigió por nuestra

parte mas destreza de cálculo y de manos, es la que voy á tener el gusto de contaros. Atemorizado un banquero del occidente de Inglaterra por los robos que diariamente se efectuaban en los coches públicos, resolvió traer por sí mismo los valores que tenia que remitir á Lóndres. Al efecto mandó construir una cajita doble con planchas de hierro, con su nombre y apellido, grabados en gruesos caracteres, y cubierta de infinitos candados. Para mas seguridad la colocaba bajo la banqueta de la diligencia en que iba sentado, cuidando de tener sus piernas perpendiculares, no bajándose sin llevar una sola vez tan precioso depósito debajo del brazo. Solo valió esta invencion por 5 meses, en el interin, la sociedad tomó sus medidas y acordó su plan.

Los coches de una compañía están todos contruidos bajo de un modelo. Principióse tomando medida del fondo del carruaje. Con esta medida se construyó una plancha ó tabla delgada que por medio de un cordon se movia de izquierda á derecha, calculando que una persona colocada al lado podria moverlo. Pero ahora restaba el sustituir una caja en lugar de la otra. Se mandó construir otra idéntica, pero era necesario ponerla en el mismo sitio, para que el banquero la cogiese equivocada, pero todo se hizo con felicidad.

Tomamos los billetes y ocuparon los asientos los asociados, una media jornada antes que la victima. Libres en todo este tiempo para trabajar, hicimos tres agujeros en el rebés de la banqueta, y colocamos unos cordones, y sobre ellos la fingida caja, la cual pegada al asiento, debia ocupar el lugar de la verdadera.

Llegó por fin nuestro hombre: en un momento desaparece la caja de derecha á izquierda, y con el mayor sigilo son cortados los cordones que sostenian la maniobra. De unos en otros corriéndola con la punta del pie, y á favor de las capas y capotes que lo ocultaban, va la caja muy lejos de su verdadero dueño. Este llega á la parada, se apea, y muy ufano conduce la fingida caja bajo del brazo, y nosotros nos vimos dueños en un momento de tres mil libras en oro, y 2000 en billetes de bancos locales, los cuales los dimos por cualquier precio, por deshacernos de ellos al momento.

Mil hazañas pudiera contaros de esta especie, pero el temor de cansaros me retrae. Baste deciros, que por espacio de 30 años he ejercido este empleo, y que en todos ellos he tenido que admirar el modo con que se salvan los grandes criminales, al paso que sus cómplices son decapitados.

Si esos lores y miembros del parlamento penetrasen en este recinto, yo les enseñaria el solo medio de cortar el crimen. Si al paso que estan perorando en las Cámaras y formando leyes para los criminales, recordasen que allá en su juventud habrán deshonrado á una criada, una costurera ó una hija de familia, y que el fruto de este amor arrojado á una casa de caridad, infesta las plazas de Lóndres con sus raterías, verian á lo que nos llevaba el crimen, y que el solo medio de acabarlo era hacer menos fácil el camino que nos conduce á él.



POESÍA.

LA NOCHE DE ESTIO.

Oh noche! que magnífica decoras
tu ropaje de estío,
con bordado de estrellas brilladoras
sobre fondo sombrío;

Reina pareces que entre pompa augusta
orna de mil diamantes
la vestidura, que esplendente ajusta
sus formas elegantes.

Oh cuánto tu belleza reverencio!
Cuánto adoro tu calma!
Y esa solemnidad y ese silencio
que me arrebató el alma.

Sobre preciosas nubes nacaradas
que mece el aire vano,
tersas mas que las conchas variadas
que eria el océano;

Tu deidad magestuosa se pasea
trayendo á nuestra mente,
tranquilidad que el corazón recrea
y que el sol roba ardiente.

El carro de la luna se resbala
dando fulgor sereno,
y su influencia favorable exhala
sobre el feraz terreno.

Embalsamada circulando el aura
que nace en selva umbria,
las plantas y los ánimos restaura
del fiero ardor del día.

Ella las hojas de la selva agita
y en su seno murmura,
y vuela á la mansion que el hombre habita
bañada de frescura.

Y el hombre del calor la furia insana
sintiendo macilento,
ábrele con anhelo la ventana
por respirar su aliento.

Noche! noche de amor! Mas el oído
quien hinche de armonía?
Qué música graciosa ha sucedido
al taciturno día.

Ah! los jóvenes que amor aqueja
á quienes das tu velo,
para que rondan la dorada reja
que custodia su anhelo.

En ella en busca de delicias gratas
la beldad solemnizan,
con músicas y alegres serenatas
que tu silencio hechizan.

¡Oh cuán bellas entonces tus tranquilas
luces halla el amante,
reflejando en las fervidas pupilas
de un virginal semblante!

Así una vez te contemplé yo al lado
de dos bellas criaturas,
bellas cual las que al éter estrellado
esmaltan las alturas.

Qué bella, oh noche! á mi ilusión ardiente
entonces parecieras!
no lo es tanto el albor del sol naciente
dorando las esferas.

Brilla ornada de fulgidas estrellas
plácida y amorosa,
para estas almas candidas y bellas
¡oh noche voluptuosa!

Y cuando por sus párpados resbalas
tus lánguidos beleños,
tráelos placentera entre tus alas
mil deliciosos sueños.

Sueños de dicha y de placer colmados
que enagenen su mente,
y al despertar en realidad trocados
el día les presente.

Brilla también para el amante ciego
que espera blanca mano,
que premie entre una reja de su fuego
el afanar tirano.

Mas encubre tu luz al que atrevido
la gula al vicio hermana,
y en festín crapulento corrompido
tu santidad profana.

Madrid julio 1845.

E. F. DE N.

MISCELÁNEA.

—*Primeras representaciones.*—En 1423, día de Pascua de Resurrección se hizo una representación en Pádua en la gran plaza que se llama *Prato della Valle*.

En 1264 se estableció en Roma la compañía llamada del *Confalone*, con el objeto de representar los misterios de la pasión de Cristo. En 1445 representaba en el coliseo, y en 1584 se imprimieron sus ordenanzas.

En 1261 se estableció la compañía de *Battuti* en Treviso.

En 1304 se hacía en Toscana una fiesta teatral en que se imitaba el infierno con los diablos y los condenados que daban ahullidos espantosos.

En el mismo año el cabildo ó clero de Triuli representó la creación de Adán y Eva, La Anunciación, y el parto de nuestra señora.

En 1402 obtuvieron licencia de Carlos VI los *hermanos de la Pasión* para representar en el teatro de París.

—Varias son las actrices que por su nobleza, riquezas y talentos han llegado á ocupar un lugar distinguido en la alta sociedad, y á este efecto un periódico francés publicó una lista de estas notabilidades, al frente de la cual se encontraba la emperatriz Teodora, la que se presentó en la escena antes de ser esposa del emperador Justiniano. Después de este antiguo nombre seguían las celebridades siguientes:

Mlle. Sontang, condesa de Rossi.

La señora Sala, condesa de Fuentes.

Mlle. Leclerc, baronesa de la Ferté

Mlle. Naldi, condesa de Spare.

Mlle. Wenzel, condesa de Orloff.

Miss Farren, condesa de Derby.

Miss Burton, condesa de Cræven.

Miss Foete, lady Harrington.

Mis Monandante, esposa de Mr. Bell, el famoso ricacho de Londres, con el sobrenombre de *Golden Bool* (bola de oro).

Miss O' Niel, mistress Belcher.

Una actriz del teatro de San Carlos de Nápoles, se ha casado con el signor Luchessi, hermano del príncipe Luchessi Palli; esta actriz es por consiguiente cuñada de la duquesa de Berry.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.